

F1234
D43

LA REVOLUCION MEXICANA

México



Por un espíritu más patriótico

por un espíritu más patriótico



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ



MATANZA EN EL PALACIO NACIONAL.

El domingo 9 de febrero de 1913 despertó la ciudad sobresaltada. Las personas que se levantan con el alba notaron extraña agitación en las calles. Gentes que corrían apresuradas. Corrillos en que se hablaba acaloradamente. Las tiendas, los estanquillos, los pequeños establecimientos que a esa temprana hora parecen hormigueros humanos, se hallaban cerrados y en las esquinas no se veía un solo gendarme.

No tardó en correr por toda la ciudad con rapidez de relámpago una noticia tan estupenda como inesperada:

¡La guarnición se había sublevado contra el Presidente Madero!

A pesar del peligro que en estos casos corre la población pacífica, el vecindario se echó a la calle en busca de nuevas y empezó a darse cuenta de lo que hasta esos instantes había ocurrido, recogiendo aquí un detalle, más allá un rumor, observando con sus propios ojos el lugar en que se registró la parte principal de los acontecimientos con que se inició la tremenda semana roja de la Capital que acabó con un régimen político apenas creado, y en la cual desaparecieron para siempre tantos hombres que días antes figuraban en primera línea en los asuntos públicos del país.

¿Cómo se organizó el movimiento?

Vamos a decirlo conforme a los informes que hasta ahora han podido obtenerse sobre el particular y que provienen de personas que intervinieron directa o indirectamente en los preliminares de la rebelión.

Diremos desde luego que el pronunciamiento de México no fué sino la continuación del pronunciamiento de Veracruz. Preso el señor Gral. Félix Díaz, merced a manejos que el mundo sabe, las personas que fraguaron en esta Capital aquella desgraciada tentativa, no se desanimaron por el fracaso. Había que salvar al audaz caudillo de la revolución y abrieron una campaña periodística y agitron tan poderosamente la opinión, que el Sr. Madero, animado unos días de terribles propósitos de exterminio, tuvo que ceder ante el grito de toda la nación que pedía clemencia, y entregó, muy a su pesar, el reo a la Ley. Conseguido este punto capital, y más aleccionadas por la experiencia, continuaron sus trabajos de propagan-

da, especialmente entre el elemento militar, todavía vacilante entre el Presidente que le decía: Yo soy la legalidad, y la Patria que se hundía, sangrienta y desesperada, en la anarquía y la ruina. Parece que fué entonces cuando ingresaron al grupo conspirador el Sr. Gral. Manuel Mondragón, su hermano el Gral. Enrique Mondragón, el Gral. Manuel M. Velázquez, el Gral. Gregorio Ruiz y otros distinguidos militares que hasta entonces habían guardado una actitud expectante ante los graves acontecimientos que venían desarrollándose. Ya con estos elementos se constituyó una junta revolucionaria como sigue: Presidente, Gral. Manuel Mandragón; Agente Financiero, Ing. José Mondragón; Abogado consultor, Lic. Rodolfo Reyes; Vocales, Gral. Manuel M. Velázquez, Gral. Gregorio Ruiz, Lic. José Vereca, Cecilio Ocón y otros, y se dió mayor actividad a la peligrosa labor de conquistar adeptos. Se enviaron agentes a Puebla, a Veracruz, a Toluca, a cuantas poblaciones cercanas contaban con guarniciones de alguna importancia y en la prensa metropolitana comenzaron a aparecer aquellos artículos vibrantes en que se hacía veladamente un llamamiento al patriotismo de los soldados. Bien pronto la conspiración contó con dos batallones de línea (el 20 y el 24); tres Regimientos de Artillería (el 1º, el 2º y el 5º); dos Regimientos de Caballería (el 1º y el 2º); una Compañía de Ametralladoras (la de San Cosme); los Batallones de Seguridad y la Escuela de Aspirantes, Gendarmería Montada, Guardias de Chapultepec y diversos Oficiales ocupados en la Mayoría de Ordenes, en la Comandancia Militar, en el Parque de Ingenieros, en el Tren de Artillería y en otras dependencias de la Secretaría de Guerra. El conocido reyista Dr. Samuel Espinosa de los Monteros había ofrecido, además, contribuir al movimiento que se preparaba, con doscientos dragones, y los Sres. Rafael de Zayas y N. Martín con un grueso número de voluntarios.

Los conspiradores tenían en la capital tres centros principales de reunión: el despacho del Sr. Gral. Mondragón, el Bufete del Sr. Lic. Reyes y el Hotel Majestic, propiedad del Sr. Cecilio Ocón, celebrándose principalmente las juntas en los dos primeros y en la casa del Sr. General Ruiz.

Sospechas del Gobierno.

El Gobierno tenía vagas sospechas de que algo se tramaba contra él y vigilaba cuidadosamente; pero la prudencia con que se trabajaba burló la perspicacia de los sabuesos que la Inspección de Policía ocupaba en tan delicado espionaje, y no solo no consiguió saber na-

da, sino que cayó en el lazo de la pretendida conspiración de Veracruz para libertar al Sr. Gral. Díaz y trajo a su presa, que consideraba segura, a la Capital, dando así un jefe más a la rebelión.

Para lograr este propósito bastó a la Junta revolucionaria propagar algunas especies alarmantes que los periódicos se encargaron de exagerar y publicar la noticia de que el Sr. General Mondragón iba a emprender un viaje que tenía algo de misterioso, a la Habana, donde dizque los mexicanos expatriados habían constituido un Centro Revolucionario.

Ya el Sr. General Díaz en México y listos los elementos que debían tomar parte en el cuartelazo, el viernes 7 de febrero se celebró una última junta y en ella se acordó dar el golpe en la noche siguiente.

Se da el golpe.

He aquí como el joven periodista Víctor José Velázquez, actor en la tragedia que relatamos, refiere los sucesos, que precedieron a la conflagración.

"No teniendo nada que hacer esa noche, me presenté al General Mondragón en su casa a las seis de la mañana. Ahí se me dijo que no estaba en su casa y con tal motivo fuí a ver a su hijo Manuel, quien me llevó a presencia del General. Este se encontraba en una casa apartada de Tacubaya y que supe pertenecía al Sr. Osorio Mondragón.

"El General vestía un traje inglés de color claro y estaba enteramente tranquilo. Lo encontré paseándose por un jardín interior de la casa y lo primero que me recomendó fué una discreción absoluta acerca del sitio donde se encontraba, agregando que de no ser aprehendido ese día, la victoria era nuestra.

"Después de darme instrucciones sobre cosas de escasa importancia, entramos a una pieza donde estaba su escritorio, y estuvo dictando al hijo del Sr. Coronel Paredes, las instrucciones para cada corporación.

Original cotillón.

"Fuí al cuartel de Artillería de Tacubaya en San Diego, llevando tres bultos con lámparas eléctricas de bolsa que iban a ser repartidas a los oficiales de todos los cuerpos para darse a conocer en la noche; lámparas que compramos explicando que eran para un original cotillón que el General iba a dar en su casa.



"Fui y envié a Jalapa, donde se encontraba el Sr. Gral. Manuel M. Velázquez, un telegrama ya convenido para que ese mismo día se viniera a esta capital.

"Llevé también al Teniente Coronel Aguillón cierta cantidad de dinero para que la repartiera a la tropa en la forma conveniente.

"Regresé a la casa del Sr. Osorio y entonces fui comisionado para investigar en donde se encontraban las oficinas telefónicas de Tacubaya y el telégrafo que debería yo inutilizar por la noche.

"La tarde se pasó en participar a los oficiales comprometidos que a las ocho de la noche tendría lugar una junta general en el Cuartel de Artillería de Tacubaya.

"A las seis tuvimos noticia de que el Comandante Militar General Laro Villar había mandado llamar a los Jefes Militares de la Plaza, para participarles que corría el rumor de un próximo cuartelazo, y que el Gobierno no practicaba desde luego las aprehensiones necesarias porque deseaba encontrar plenamente comprobado el delito para proceder con energía al castigo de los culpables.

"De pronto temimos ser descubiertos, pero como se lo manifestaba yo más tarde al Teniente Coronel Aguillón, lo que el Gobierno temía era una sublevación encabezada por el General Huerte, de la cual ya se había hablado.

"Como a las 7 me ordenó el General Mondragón que fuera en compañía de su hijo Manuel al Cuartel de Artillería a recordar al Teniente Coronel Aguillón, que la junta general de oficiales iba a ser a las 8.

Vacilan algunos conjurados.

"El Teniente Coronel no había llegado todavía y lo esperé algunos momentos conversando con el Mayor Díaz. Este señor se encontraba ya vacilante, asegurandome que dos policías secretos habían ido a preguntar por el Jefe del Cuerpo.

"La noticia, de pronto, me hizo creer en una traición.

"En esto llegó el Sr. Aguillón, participándome que había sido llamado por el Comandante Militar, quien le había dicho que el Gobierno estaba al tanto del levantamiento militar que se iba a llevar a cabo. Entonces el Sr. Díaz le repitió lo que anteriormente me había contado, y esto hizo temer al Sr. Aguillón ser aprehendido de un momento a otro. Cuando le dí el recado del General, me contestó que era imposible la junta anunciada y que él no recibiría a nadie en el cuartel.....

"Llegó en eso un automóvil llevando varias charolas con sandwiches y pasteles; algunas botellas de Jerez y copas. Todo lo llevamos a una tienda situada en frente del Cuartel. Traté entonces de persuadir

al Sr. Aguillón de que no debía aplazarse el levantamiento, pues yo creía que nuestra alarma era falsa y que el rumor propalado no tenía razón de ser.....

"Lo que más le preocupaba era la idea de los dos policías, que él creía mandados por la Comandancia militar..... Insistí en la necesidad de trabajar esa misma noche y llevándolo a la broma le dije que era una lástima perder todos aquellos pasteles.....

"Quedó por fin conforme conmigo y regresé a participar todo al Gral. Mondragón, recomendándole nos fuéramos desde luego al Cuartel para impedir que Aguillón volviera a vacilar.

"Después de asegurarnos de que nadie nos seguía, salimos el General, su hijo y yo, con las pistolas preparadas. El primero vestía un traje claro de montar, que es el que llevó dentro de la Ciudadela, y polainas de cuero negro; se arropó en una larga pelegrina gris y nos dirigimos hasta un automóvil que teníamos oculto en algunas calles más delante. Con velocidad moderada para no despertar sospechas nos fuimos a San Diego y poco antes de llegar al Cuartel nos detuvimos.

"Fuí entonces hasta la guardia y el Teniente Castillo por el Jefe. Este después de acuartelar la gente, había ordenado que no se dejara entrar a nadie y se había ido a cenar....

Regresamos a Tacubaya, y fuimos a la casa 11½ de la 1ª calle de Progreso. Allí estaba el Gral. Gregorio Ruiz y con él se quedó el Sr. Mondragón. Su hijo y yo nos encaminamos nuevamente al Cuartel sin encontrar lo que buscábamos.

¡Arriba, Muchachos!

Serían como las cuatro de la mañana del domingo 9 cuando el Capitán Escoto se presentó en la Escuela de Aspirantes y recorrió los departamentos en que dormían los alumnos, diciéndoles en voz alta:

—¡Arriba, muchachos!

Algunos aspirantes estaban ya despiertos; otros se incorporaron apresuradamente en sus lechos—y procedieron a vestirse. No hubo en ellos un momento de vacilación. Animosos, casi alegres, salieron del establecimiento y se dirigieron a la Estación de Xochimilco, donde los de infantería ocupaban varios tranvías, mientras los de caballería continuaban a trote largo a su camino hacia la Capital. Se les había dicho que la guardia de Palacio estaba de acuerdo con los demás conjurados y creían encontrar tropa frente al histórico edificio de los antiguos Virreyes. Al llegar se sorprendieron al ver desierta la Plaza de la Constitución y tuvieron un breve instante de incertidumbre. Avanzaron, sin embargo, hacia la puerta principal y penetraron al interior

con las armas preparadas. La pequeña guarnición de soldados del 20 que allí había no hizo resistencia y los aspirantes se adueñaron de la posesión, coronando las alturas y enviando un piquete de veinte alumnos a ocupar las torres de Catedral. Libres de temores por lo que respecta a Palacio salieron en busca del Gral. Reyes que debía estar ya en libertad.

A la vez que los aspirantes salían de la Escuela Militar, varios agentes de la Junta Revolucionaria se presentaban al Cuartel de San Cosme a levantar a la Compañía de Ametralladoras comprometida a secundar el movimiento y tuvieron una seria disputa con el Mayor Ruiz Fernández, quien en esos momentos supremos se negó a acompañar a los sublevados. Los conjurados excitaron entonces a la oficialidad a cumplir sus compromisos y la compañía abandonó el Cuartel y provista de sus ametralladoras, se dirigió al centro de la ciudad.

A esa misma hora andaban ya en las calles, levantados en armas, el 1º y el 2º Regimiento de Artillería Montada y gran parte de la gendarmería adicta al Gral. Félix Díaz. Los grupos de sublevados iban desarmando en el trayecto a los gendarmes estacionados en las esquinas, algunos de los cuales se les unieron.

El día se aproximaba y era necesario obrar rápidamente antes que los elementos fieles al Gobierno pudieran darse cuenta de lo que pasaba y se organizaran para la defensa.

El General Bernardo Reyes.

Poco antes del amanecer se presentaron frente a la prisión militar de Santiago varios automóviles cargados de soldados y seguidos por un pelotón de dragones. El Gral. Mondragón, que iba en uno de los autos, envió un recado al Jefe de la prisión exigiéndole que pusiera en libertad al Gral. Reyes. Pasaron algunos minutos de expectación y viendo que el comisionado tardaba en volver se mandó un nuevo recado. Al fin salió el Sr. Gral. Reyes y montando en un caballo que para el caso se había llevado se puso a la cabeza del movimiento. Vestía el viejo y ameritado divisionario, traje negro, y como se hallara descubierto, alguien le proporcionó en aquellos momentos un sombrero de fieltro, que aceptó gustoso. La columna se puso en marcha hacia la Penitenciaría, donde exigió la entrega del Gral. Félix Díaz.

Dícese que al ver aparecer al distinguido prisionero, el Gral. Reyes, asaltado por súbito presentimiento, le tendió afectuosamente los brazos y pronunció estas significativas palabras que alguno de los presentes conservó en la memoria:

—Ya estoy contento. Ya tengo quien me substituya. Yo voy a morir, pero a Ud. le toca salvar a la Patria.

A partir de ese momento las fuerzas de la revolución fueron divididas en dos partes: una formada principalmente por aspirantes, a las órdenes del Gral. Reyes, siguió rumbo al Palacio Nacional, y otra al mando de los Sres. Grales. Díaz y Mondragón tomó por otras calles con el fin de aproximarse a la Ciudadela y atacarla en caso de que su guarnición hiciera resistencia.

Cambia la situación en Palacio.

En el Palacio Nacional había cambiado en tanto completamente la situación. Enterados los Grales. García Peña y Villar, de lo que ocurría, se encaminaron violentamente a aquel edificio y arengando a los soldados del 20º Batallón apostados en la planta baja, consiguieron sin gran esfuerzo, volverlos a la obediencia. Los aspirantes que se encontraban en las alturas fueron acto continuo desarmados, lo mismo que los compañeros que, ignorando que la guarnición de Palacio ya no estaba por la revolución, iban llegando de la calle. Debido a esta circunstancia que los jefes gobiernistas aprovecharon en calidad de ardid de guerra, cayeron prisioneros el Sr. Gral. Gregorio Ruiz y los jóvenes que habían sido enviados a tomar posiciones en las torres de Catedral.

Cerca de las nueve avanzó por el rumbo del Seminario un inmenso grupo de aspirantes. Marchaban de cuatro en fondo y rodeábalo una multitud que lanzaba estentoreos vivas a los Generales Reyes y Félix Díaz. Al llegar a Palacio, parte de ellos, con el Sr. Gral. Reyes a la cabeza fué a situarse en el costado donde están las oficinas de la Secretaría de Guerra, y parte continuó la marcha.

Frente al edificio se hallaba, en línea desplegada una sección del 20º batallón, y como a quince metros los soldados del 1er. Regimiento. La fila de este rebasaba unos ocho o diez pasos al Norte de la puerta central, guardada por dos ametralladoras. Los Aspirantes notaron en este aparato de fuerza, algo anormal, pero no pudiendo imaginarse un cambio tan brusco en la actitud de la guarnición, siguieron avanzando. Cuando llegaron casi a la puerta de Palacio, el Gral. Villar sacó una pequeña pistola "Bulldog" y apuntándoles con ella, ordenó secamente:

—¡Hagan alto!

Después se volvió a los encargados de las ametralladoras y les indicó en voz baja que apuntaran.

Los artilleros hicieron girar los cañones de sus máquinas de guerra hacia la masa compacta que formaban aspirantes y curiosos.

Sucedió un momento de confusión.



Creíase escuchar inmediatamente la voz de "fuego" y el trinar de las ametralladoras.

Afortunadamente nada ocurrió.

¡No corran!

El Capitán de la guardia de Palacio hizo notar al Gral. Villar que las últimas hileras del 1er. Regimiento serían acrivilladas a la vez que los Aspirantes, si hacía fuego, y la observación heló la tremenda orden en los labios del Comandante Militar de la Plaza.

Los valientes muchachos de la Escuela de Tlalpam se retiraron paso a paso y la muchedumbre retrocedió con ellos.

Un Capitán que se hallaba detrás del Gral. Villar les gritó que no corrieran, y contagiado por la conducta de su superior, un artillero, soldado raso, gritó también:

—¡No corran!

El sargento que servía la ametralladora se volvió entonces airado hacia el intruso y le dijo con toda rudeza:

—¡Cállese! A Ud. qué le importa!

Muerte del General Reyes.

Algunos Aspirantes habían ido en tanto a poner en conocimiento del Sr. Gral. Reyes lo que pasaba frente a Palacio, suplicándole que no avanzara.

—No vaya Ud., mi General, le dijo uno de ellos. Ahí está el General Villar y ha dado orden de hacer fuego.

El divisionario sonrió con incredulidad y por toda contestación dijo a los Aspirantes:

—Lauro es amigo...

Después repitió dos veces estas palabras, probablemente con la intención de disipar con ellas las últimas dudas que los cadetes pudieran abrigar acerca de las intenciones del Gral. Villar.

No era, además, el Gral. Reyes, hombre a quien arrendrara la actitud equívoca de las tropas, y sea confianza en el viejo amigo, sea que se dejara llevar por uno de esos arranques de audacia de que está cruzada, como por vivísimos relámpagos, su vida militar, avanzó con su pequeña columna, acompañado de su leal partidario el Dr. Samuel Espinosa de los Monteros y algunas otras personas que se le habían incorporado.

Los federales lo dejaron avanzar, y cuando se encontraba cerca de la puerta principal, se rompió el fuego, trabándose el espantoso com-

bate que sembró de heridos y cadáveres el anchuroso espacio ocupado por la Plaza de la Constitución.

El Señor General Reyes fué alcanzado por varios proyectiles y cayó del caballo. Su estado no era grave y se hubiera quizá salvado sin la criminal intervención de un individuo llamado Adolfo Bassó, que desempeñaba el cargo de Intendente de Palacio. Este maderista se encontraba en la banqueta en los momentos de iniciarse el tiroteo, y al ver caer al divisionario, corrió violentamente y lo remató de un tiro de pistola.

Matanza General.

Con el Gral. Reyes cayeron gravemente heridos el Dr. Espinosa de los Monteros, algunos aspirantes y multitud de curiosos.—Los cadetes que quedaron vivos contestaron el fuego, batiéndose en retirada, y durante algunos minutos todo fué confusión y espanto. El aspecto de la Plaza después del tiroteo es indescriptible. Había regados en ella cerca de trescientos cadáveres, la mayor parte de personas totalmente ajenas al movimiento, y como quinientos heridos.

¿Qué había pasado en el interior de Palacio?

Va a decirnoslo un testigo presencial que accidentalmente se encontraba allí el día de los acontecimientos.

Al regresar al primer patio—refiere—entablé conversación con los soldados, quienes me preguntaron por los sublevados.

—Son los alumnos de la Escuela de Aspirantes y algunas otras fuerzas—contesté—que tienen a la cabeza a los Generales Bernardo Reyes y Félix Díaz.

En aquellos momentos sonaron los primeros tiros y el soldado se marchó, parapetándose, por mi parte, en un pilar en donde están las cocheras, pues las balas entraban atravesando el patio.

Permanecí allí hasta que cesó el tiroteo y se tocó a reunión, en cuyo momento los soldados que permanecían en la calle, entraron en confusión, arrastrando consigo paisanos heridos, hombres y mujeres y algunos ilesos.

En desorden subieron los soldados la escalera monumental de Palacio, dejando en el patio como más de quince heridos que embrazaban todavía sus armas, y en el zahuán varios artilleros muertos.

Muerte del Coronel Morelos.

Permanecía yo al pie de la escalera, cuando dos soldados entraron conduciendo el cuerpo de un Jefe. Guiado por la curiosidad me en-

caminé a la Mayoría y allí supe que era el del Coronel Juan G. Morelos, Jefe nato del 20º Batallón.

Vestía el Coronel el uniforme del grado, y al desabotonárselo, se le vió una ligera mancha de sangre en el pecho. Una bala, atravesándole el corazón, le había causado la muerte instantáneamente.

Un capitán segundo que estaba de guardia le quitó una pistola, unos papeles y una cartera con veinticinco pesos, guardando dinero y objetos en el cajón de un escritorio.

Inmediatamente después, y cuando deseábamos hablar al Hospital Militar o al Cuerpo Médico, en solicitud de la ciencia para auxiliar a los heridos, llegó el cadáver del Sr. Gral. Reyes, tan valiente como infortunado, conducido por dos soldados.

El Coronel Morelos fué colocado en una mesa que había en el centro de la oficina, y cuando llegó el cadáver del Gral. Reyes ordené que fuera puesto en unos escritorios unidos, que quedaban a la izquierda del Coronel Morales.

Un paisano dijo entonces al Capitán que ya he mencionado:

—Mi Capitán, dése Ud. por recibido de estos objetos.

Y empezó a sacar algunos papeles de los bolsillos del traje del Sr. Gral. Reyes.

El Capitán recogió los papeles, un dije, una pistola "Buldog" que aún tenía fajada el extinto y de la cual no había hecho uso, y una espada de empuñadura dorada que le habían entregado al salir en la mañana de la prisión de Santiago.

El General Reyes tenía un balazo en la sien derecha, con orificio de salida en el lado contrario. Esta lesión le causó por sí sola la muerte y le desfiguró el rostro. Examinando atentamente el cadáver noté que tenía los ojos fuertemente cerrados, con los párpados hinchados y violáceos y la barba y el bigote tintos en sangre. Un hilillo rojo le salía continuamente del lado izquierdo de la cabeza.

Minutos después llegó atribulado el Subteniente del 20º Adolfo Anaya, a quien se tendió en un escritorio, a la derecha del cadáver del Coronel Morelos. El desventurado oficial tenía una herida en la cabeza y por ella le salía la masa encefálica.

La Cruz Blanca.

En seguida se presentó un miembro de la Cruz Blanca, acompañado de un joven que portaba una bandera con el distintivo de la institución y que merece aplausos por la diligencia y abnegación con que se manejó en aquellos terribles momentos. Preguntó por los heridos, y habiéndose señalado al Subteniente, manifestó deseos

de llevarlo a otra parte. Como los soldados no se prestaban cogí al oficial por las axilas y ordenando a uno de aquellos que lo tomara por los pies, llevamos al herido hasta un automóvil que esperaba en la calle. Juntamente con el subteniente condujimos a la casa del Dr. Amor a un artillero lesionado y a un muchacho que encontramos en el camino con una pierna perforada por una bala. Más tarde pude llevar al consultorio del Dr. Bonilla a tres heridos más; dos hombres heridos en las piernas y una mujer que recibió un balazo en el vientre.

Cuando salía de la casa del Dr. Amor llegaba un herido con una rodilla horriblemente destrozada por una bala expansiva."

La noticia del trágico fin del Sr. Gral. Reyes cundió rápidamente por toda la Capital, causando inmensa sensación. Al principio creyóse que se trataba de uno de tantos rumores que en estos casos circulan; pero informes proporcionados por personas que habían estado en Palacio no dejaron lugar a duda.

Parece que el valeroso divisionario presentía desde el día anterior su próxima muerte, pues habiendo ido a visitarlo la señora su esposa, pidió agua para bañarse, diciendo en aquellos momentos de intimidad en que nadie lo oía, que deseaba estar limpio para que así lo encontraran si por desgracia lo mataban durante la sublevación.

Madero entra en acción.

Mientras en Palacio se registraba la espantosa tragedia que hemos relatado, en Chapultepec se verificaban acontecimientos de sumo interés para el curso que después tomó la rebelión.

El Sr. Madero no se desanimó por las malas noticias que recibía acerca del movimiento felicista. Resuelto a defender su puesto de Presidente de la República se dirigió violentamente al departamento ocupado por el Colegio militar, y de acuerdo con el Teniente Coronel Víctor Hernández Covarrubias, director del plantel, armó a los cadetes y se internó con ellos por las calles de la ciudad, recogiendo al paso los pocos gendarmes que desorientados y temerosos vagaban en esos momentos por el Occidente de la Capital. Al entrar la pequeña columna por la calle del 5 de Mayo se dejaron oír varias detonaciones, pasaron silvando algunas balas sobre las cabezas de los cadetes y el Sr. Madero retrocedió hacia la fotografía Daguerre, la histórica fotografía donde en otro tiempo fué lapidado el Sr. Gral. Reyes por las chusmas maderistas, y allí se le unieron el Sr. Gral. Huerta, el Sr. Gral. García Peña, el

Ministro Bonilla y poco después su hermano don Gustavo y el Vicepresidente Pino Suárez. El Sr. Madero, con aquella fe ciega que siempre tuvo en su influjo sobre las turbas, salió al balcón y arrojó a un centenar de individuos del pueblo, la mayor parte boleros y expendedores de periódicos que se habían aglomerado frente al edificio. Algunos contestaron con vivas a las palabras desesperadas del Presidente orador que los excitaba a defender la legalidad; otros callaron, contentándose con observar la actitud inquieta del grupo de personajes que rodeaba al antiguo ídolo de la primera revolución. A lo lejos, por la avenida de Los Hombres Ilustres, desfilaba rumbo a la Plaza Constitución, ávida de saciar sus ojos en el sangriento espectáculo que ésta ofrecía, una inmensa multitud. Muchos se enteraron de que en la próxima calle se hallaba el Presidente, pero ninguno fué a engrosar las filas de los últimos devotos, y el Sr. Madero, ante esta actitud indiferente de los que antes corrían a aclamarlo con delirio rayano en la demencia, debe haber sentido correr por sus huesos el frío pavoroso del desastre.

Poco después llegé a la fotografía un oficial a participar al grupo presidencial que podía marchar sin peligro hasta Palacio y el Sr. Madero bajó a la calle, montó de nuevo en su caballo y tomando por la calle de San Francisco se encaminó a la Plaza de la Constitución, seguido por los Grales. Huerta y García Peña, los Ministros Bonilla y Pino Suárez y un grupo de individuos del pueblo que halagando sus oídos con los desusados vítores de hace un año lo empujaban hacia la catástrofe, haciéndole esperar una reacción favorable que levantaría del todo el prestigio ya muerto.

Por la misma calle pasó en seguida, solo, a pié, el Sr. Gustavo Madero....

La Porra y la Prensa.

La Porra no dormía. Herida en lo más vivo se lanzó a las calles tratando de levantar como en otras épocas a las muchedumbres. Un aventurero llamado Solón Argüello, redactor de "Nueva Era" se movía sin descanso reclutando tostoneros. Vano empeño: el pueblo permanecía indiferente ante las palabras legalidad, libertad, traidores, con que se le llamaba a apagar el incendio revolucionario. Como el loco Hamlet murmuraba ante los radiosos conceptos con que se le quería arrastrar de nuevo al matadero:

—Palabras... palabras... palabras....

La activa tarea del agitador dió sin embargo algunos frutos.

En la noche, una pequeña turba de descamisados que llevaba

al frente un desventurado cartel en que se leía: ¡Viva Madero! se presentó frente a las oficinas de algunos diarios independientes y honró al aventurero Argüello con algunos actos de salvajismo.

El éspacho de *La Tribuna* fué reducido a cenizas, la imprenta de *El Herald Independiente* regada por el suelo, las oficinas de *El País* asaltadas y robadas.

En la redacción de *Nueva Era* se gastaba, en tanto, mucha tinta en festejar la actitud viril asumida por el grupo asaltante, con el cinismo de que siempre dió muestrás ese tubo colector del maderismo.

El Fusilamiento del Sr. Gral. Gregorio Ruiz.

Ya en Palacio el Sr. Madero y reorganizada un poco la defensa se pensó en las medidas extremas. El atentado contra la legalidad que estaba acabando con las fuerzas vivas de la República, pedía sangre. Era necesario que corriera a torrentes para que el Sr. Madero se conservara en la Presidencia y los Sres. Pino Suárez, Bonilla y demás ministros del maderismo no perdieran sus Carteras. Estaban allí prisioneros, indefensos, el Gral. Gregorio Ruiz y muchos aspirantes, y el Sr. Madero escogió entre ellos las primeras víctimas de su cólera.

Se ignora todavía cuantos cadetes pagaron con la vida la nerviosidad de los hombres del maderismo. Algunas personas hablan de catorce sacrificados; otros aseguran que solo fueron tres, y otros afirman que no fué ninguno....

La más alta personalidad fusilada allí fué el Sr. General Gregorio Ruiz.

Un testigo presencial de esta tremenda ejecución ha dado a la prensa los siguientes detalles, que reproducimos íntegros porque pintan con extremada fidelidad la dolorosa escena del trágico fin del Gral. Ruiz y deben ser conservadas por la historia:

Dice así el testigo a que nos referimos:

"La mañana en que fué sacrificado el Gral. Ruiz, me encontraba esperando a un compañero de armas en el centro del patio principal cuando noté que la guardia central de Palacio salía, en medio de una escolta compuesta de veinticinco soldados del 20º batallón, el señor Gral. Ruiz, quien vestía uniforme de kaki amarillo y calzaba botas negras.

La escolta iba mandada por el capitán segundo del 24º batallón, Pompilio Aldana, quien llevaba a su lado al capitán segundo Federico Montes, del Estado Mayor del Presidente Madero. Prisionero

nero y escolta tomaron la dirección de las caballerizas de Palacio y, comprendiendo que algo grave iba a acontecer, los seguía cierta distancia.

Por las caballerizas se encuentra la entrada al jardín, y allí fué prohibido el paso por dos centinelas que habían sido colocados con anterioridad y que tenían orden de no dejar pasar a los paisanos, pero fué reconocido por un oficial de un grupo que allí se encontraba y me franquearon la entrada. En este grupo estaba el Mayor Vicente Calero, capitán Cosarín y el ahora capitán segundo Luis Fuentes, a quienes me uní.

Marchaba el general Ruiz en medio de la escolta, sereno y tranquilo, no obstante que el oficial Aldana llevaba en la mano casi amenazándole, una pistola de gran calibre, como si temiera que fuera a fugarse.

Al llegar a una de las bardas del jardín, hizo alto la escolta, y entonces el general, dirigiéndose al capitán Aldana, le dijo estas palabras:

Me trae usted a fusilar o a asesinar, por los preparativos que estoy mirando.

—No, contestó el oficial que mandaba la escolta, y entonces el general Ruiz le dijo:

—Señor Capitán, yo tengo familia, tengo a mis hijas y tengo necesidad de hacer algunas disposiciones testamentarias; hágame usted favor de mandar recado a Madero a fin de que me permita hacer testamento y se me traiga un notario.

Los dos capitanes, Aldana y Montes, se consultaron y decidieron enviar un aviso a Madero con un sargento segundo. Entretanto el general Ruiz, hizo una seña a Aldana, y todos los militares que en grupo aparte estaban un poco retirados de la escolta, fueron testigos de que sacó de un bolsillo de su chaleco una pluma fuente de oro y se la entregó como obsequio; después sacó el mismo general su cartera y, en presencia del capitán Aldana, contó doscientos pesos, le dijo algunas palabras que no fueron escuchadas, pasando la cartera con los valores a poder del oficial en cuestión.

Se dirigió después el general Ruiz a los oficiales que allí estaban presentes y preguntó que si entre ellos no tenía un amigo que quisiera llevarle un recado a su familia; nadie se movió de su sitio; pero un joven sargento segundo del Colegio Militar se acercó al general, diciéndole que ordenara, que él estaba dispuesto a llevar el recado. "Dígale usted a mis hijas que mi voluntad postrera es que sigan siempre siendo honradas; que muero tranquilo y con la conciencia de haber cumplido con mi deber de soldado y de ciudadano;

que existe en mi escritorio un testamento viejo y deseo que se cumpla; que en él lego una pequeña cantidad a unos niños huérfanos que he recogido y a quienes deberán tratar siempre bien; esto es todo."

Se dirigió entonces a los soldados y con voz firme y robusta los exhortó: "Compañeros: voy a morir con la conciencia de que he servido a mi patria de la manera más digna que un soldado puede servir. Tengo cuarenta años de ser soldado; he peleado por mi patria desde la Intervención Francesa y tengo mi cuerpo cubierto de cicatrices, habiendo estado siempre dispuesto a derramar hasta mi última gota de sangre por este pedazo de suelo donde ví la luz. Muero tranquilo con la conciencia de que al querer derrocar a este mal gobierno hacía obra de patriotismo, pues Madero nos lleva a la ruina y a la anarquía....."

—Cállese Ud., señor—le dijo entonces el capitán Montes, quien fué llamado por el mayor Vicente Calero para decirle: ¿por qué no cumple Ud. con su deber? Ha recibido órdenes para que Ruiz sea fusilado inmediatamente y Ud. no lo ha hecho.....

Fué entonces cuando Montes se dirigió a Aldana y segundos después, los soldados del 20º batallón prepararon sus armas y sin esperar a formar el cuadro iban a disparar a mansalva sobre el infortunado general, cuando éste solicitó le fuera concedida la gracia de ser él quien mandara su ejecución.

El capitán Aldana separó cinco hileras de soldados de la derecha y ordenó avanzaran un poco, y cuando terminaron estos terribles preparativos, el general Ruiz, que se había abotonado el chaquetín de kaki y compuesto sus blancos bigotes ordenó con voz tranquila y reposada:

¡Tercien...armas!—¡apunten...fuego! y una descarga cerrada se escuchó, cayendo el general Ruiz atravesados por diez balas.

El capitán Montes se dirigió al grupo de oficiales y a los pocos paisanos que allí había y les dijo: "¿Hay entre ustedes algún médico que certifique la muerte del ajusticiado?" Un señor se adelantó y manifestó que era capitán del ejército, pero que tenía algunos conocimientos de medicina suficientes para dictaminar si el general Ruiz estaba bien muerto; se dirigió al cuerpo del Sr. Gral. y tomándole el pulso, manifestó que era preciso se le diera el tiro de gracia por estar aún con vida.

Un sargento fué el designado y comenzó a buscar el corazón con el cañón de su mauser por el lado derecho, hasta que le fué indicado cual era el sitio, disparando su arma; volvió el capitán médico a tomar el pulso y volvió a manifestar que el general



Ruiz estaba sufriendo horriblemente, pues aún tenía mucha vida, y por segunda vez le fué aplicado el tiro de gracia en el corazón, saliendo una pequeña columna de humo por haberse quemado las ropas.

Minutos después desfiló la tropa y el cadáver del valiente general quedó abandonado.



Volviendo al asunto de la cartera con los doscientos pesos, hasta la fecha se ignora su paradero y por este motivo la Secretaría de Guerra ha ordenado se proceda a practicar una minuciosa investigación.

La toma de la Ciudadela.

Al separarse del Sr. Gral. Reyes, la columna mandada por el Sr. Félix Díaz, tomó por las calles de Lecumberri y el Apartado hasta Santo Domingo; continuó por las calles de Medinas y la Santa Veracruz hasta la segunda de Soto y siguió por Mina, Rosales y Bucareli hasta llegar al jardín Atenas, donde está un reloj público.

El Sr. Gral. Díaz iba a caballo, vestía un traje gris oscuro, se cubría con un pequeño sombrero de fieltro y llevaba sobre el lazo un ramo de violetas. A su derecha marchaba el Sr. Gral. Mondragón.

La columna—unos quinientos hombres mas ó menos—se componía de los siguientes elementos:

Gendarmes Montados, Primer Regimiento de Caballería, Sección de Artillería, Voluntarios y Aspirantes.

La fuerza iba muy animosa, lanzando "vivas" al Sr. Gral. Félix Díaz.

Al detenerse en el jardín Atenas, el Jefe revolucionario mandó pedir la Ciudadela y se le contestó en sentido negativo, disponiéndose los pocos defensores que había en la fortaleza a resistir.

El Gral. Félix Díaz mandó entonces emplazar sus cañones y se rompió inmediatamente el fuego. Durante diez minutos los disparos de la fusilería y de los cañones, nutridísimos, incesantes, atronaron los aires. Después dejóse oír el toque de parlamento.

Se dice que una granada bien dirigida mató á treinta de los defensores de la Ciudadela y que el resto, considerando inútil la resistencia, dada la superioridad numérica de los asaltantes, resolvió entregar la posición.

Los Grales. Díaz y Mondragón pasaron a conferenciar con el Gral. Dávila, Jefe de la guarnición, y una hora después las fuerzas suble-

vadas entraban a la Ciudadela y empezaban con la actividad requerida por las circunstancias los preparativos de defensa.

El Sr. Madero sale para Cuernavaca.

Aunque seguro en Palacio, el Sr. Madero comprendía que no estaba conjurado todavía el peligro, y que era indispensable concentrar violentamente en la Capital el mayor número de fuerzas para estar en condiciones de tomar la ofensiva. Animado de estas ideas dejó el mando militar al Sr. Gral. Huerta y salió en automóvil rumbo a Cuernavaca con el fin de activar el regreso de la columna del Gral. Angeles y probablemente hacer las gestiones necesarias para evitar que los cabecillas zapatistas se aproximaran a México y entorpecieran con su presencia los planes de los elementos militares del Gobierno. Que su viaje fué eficaz lo prueban los acontecimientos que después se registraron: al día siguiente el Gral. Angeles se hallaba en México y los zapatistas entraban en un período de calma inexplicable para algunos, demasiado explicable para otros.

Durante la ausencia del Sr. Madero, el Sr. Gral. Huerta puso al Palacio en estado de defensa, colocando fuertes avanzadas en las bocacalles cercanas para evitar que los felicistas pudieran acercarse.

En la tarde los revolucionarios rompieron el fuego sobre la Cárcel de Belén, entablando con la guardia un tiroteo que duró poco menos de media hora. Muchos de los presos se escaparon en la confusión y otros fueron muertos por las balas que se cruzaban, al escaparse por las brechas que los cañones habían abierto en los muros. La posición fué ocupada por los felicistas por considerarla de interés a causa de su proximidad a la Ciudadela.

A partir de este combate, gobiernistas y sublevados permanecieron en sus respectivas defensas, no registrándose nada digno de mención hasta el martes en la mañana en que comenzó el asalto a la Ciudadela.

Combate en torno de la Ciudadela.

El día 10 en la noche comenzaron a circular rumores de que el gobierno, considerándose ya suficientemente fuerte para tomar la ofensiva había resuelto atacar la posición, siguiendo un plan presentado por el Sr. Gral. Huerta y aprobado en junta que para el caso acababan de celebrar en el Palacio Nacional el mencionado Jefe y los Grales. Angeles, Maass, Cauz y Delgado.

Conforme a este plan, cuatro columnas de las tres armas debían de

emprender el asalto: una por el lado norte al mando del Gral. Maass, otra por el Poniente a las órdenes del Gral. Angeles y las otras dos por el Este y por el Sur, respectivamente dirigidas por los Grales. Cauz y Delgado.

La Población pasó la noche en la mayor incertidumbre. Desde las 10 las calles se veían casi solas. Por los apartados barrios cruzaban de cuando en cuando pequeñas patrullas de rurales que examinaban con desconfianza a los pocos rezagados que se dirigían apresuradamente a sus casas.

Bombardeo a la Ciudadela.

El ataque se inició a las 10 y 12 del martes 11.

La columna del Gral. Maass, encargada de operar por la parte norte, comenzó por emplazar un mortero y un cañón en la Rinconada de San Diego, con el fin de enfilear sus fuegos por la calle de Balderas y proteger en el momento oportuno el avance de los infantes; mientras el Coronel Francisco J. Vasconcelos, con fuerzas pertenecientes al 38 batallón, trataba de tomar posiciones en la citada calle. Esta pequeña columna llevaba una pieza de artillería y una ametralladora, y al aparecer en la bocacalle fué obligada a retroceder por el fuego de cañón y fusilería de los destacamentos apostados en los edificios inmediatos a la Ciudadela. El Teniente que conducía la ametralladora y veinte soldados pagaron con la vida la tentativa, y el resto de la columna se replegó hacia la calle de Nuevo México, teniendo el Teniente Coronel Vasconcelos y uno de los sargentos que retirar personalmente la pieza para evitar que los felicistas la desmontaran. Repuestos de este fracaso parcial, los soldados entablaron con los sublevados un tiroteo que se prolongó hasta el anochecer, en que desalojaron el lugar para incorporarse al resto de las tropas, dejando que sus adversarios extendieran su campo de defensa hasta el cruce de las calles de Balderas y Nuevo México.

La pieza emplazada en la Rinconada de San Diego rompió sus fuegos como a las 11 y estuvo funcionando con breves intermitencias casi todo el día, sostenida por soldados del 1er. Regimiento, rurales del 15 y algunos infantes tomados de diferentes cuerpos.

Cerca de las 12 llegaron del interior en un tren del ferrocarril Central 200 hombres de los batallones irregulares 42 y 49, y entraron en orden abierto por las calles de Mina y Zarco, a reforzar las filas del gobierno.

Más o menos a la misma hora llegó el 7º batallón al mando del Cor. Juan G. Castillo y pasó inmediatamente a la línea de fuego. El 7º entró también por las calles de Mina y Zarco, y traía como vanguardia veinte hombres del 1er. Regimiento de Caballería y un pelotón de rurales en su extrema retaguardia. Las personas que presenciaron el desfile nos informan que se compondría como de quinientas plazas y que traía cuatro fusiles Rexer. Los soldados marchaban cabizbajos y con la bandera del Batallón enfundada.

El Coronel Castillo murió momentos después en la calle de Balderas, lo mismo que muchos oficiales y soldados que trataron de avanzar con vigoroso empuje hacia la Ciudadela, y el Teniente Coronel Alatríste tomó el mando del Batallón.

En el mismo lugar fué alcanzado por una metralla una pieza que las fuerzas del gobierno habían conseguido emplazar después, y herido gravemente el Teniente Moreno que dirigía el fuego.

Se cuenta que este valiente militar no abandonó el puesto hasta que dió instrucciones a su substituto el Capitán Enrique Huerta para continuar el manejo de las piezas que quedaban, y que por este rasgo de fortaleza se le ascendió sobre el mismo campo a Capitán 2º.

El Coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados se presentó espontáneamente al Gral. Maass, y estuvo dirigiendo los disparos de las baterías situadas en el lado poniente de la Alameda.

Los felicistas perdieron al Oficial Ponce de León que dirigía la batería situada en la bocacalle de Balderas. Una certera granada le desmontó uno de sus cañones y mató al valiente artillero.

*
*
*

La columna del Gral. Cauz avanzó hasta la pequeña iglesia de Belén, contigua al Parque de Ingenieros, e instaló allí dos morteros cuyos fuegos fueron al poco tiempo acallados por las balas de la ciudadela que llovían como granizo sobre la posición.

Varios oficiales llevaron violentamente dos cañones a la esquina del Campo Florido y estuvieron disparando mucho tiempo sobre los sublevados. En esa esquina quedó muerto al pie de las piezas uno de los oficiales que dirigían el tiro.

En la iglesia del Salto del Agua fué también emplazado un mortero cuyos disparos no dieron el resultado que se esperaba, pues causó muy pocos daños en las posiciones enemigas. En cambio, produjo grandes destrozos en las líneas telefónicas y de la luz eléctrica instaladas por esa parte de la ciudad.

La tienda de "El Paraíso" y la Capilla del Salto del Agua sufrieron bastantes desperfectos durante este combate.

Los felicistas perdieron al Cabo apuntador de una ametralladora que estaba en un puesto avanzado junto a Belén. Esta ametralladora se hallaba al cuidado inmediato de un aspirante que dió pruebas de valor y serenidad. Nos dicen de este heroico militar, que al dirigirse del puesto a la Ciudadela, con el fin de proveerse de parque, reventó cerca de él una granada; y que el aspirante, que por un verdadero milagro salió ileso, continuo imperturbable su camino.

De fuentes oficiales se sabe que ese mismo día el 39 Batallón de infantería, que formaba parte de la columna del Gral. Cauz, se posesionó de la Cárcel de Belén. El Batallón iba a las órdenes del Capitán 1° Ernesto Robert y el avance se hizo con sumas dificultades a causa del vivo fuego de la Ciudadela, que barría materialmente el campo que ocupaban los soldados federales y que quedó regado de muertos y heridos. En este combate parcial, el Capitán Robert fué eficazmente secundado por el Mayor Víctor Hernández, quien se condujo en el trance con gran valor.

De la misma fuente se sabe que los cañones que las tropas del Gobierno emplazaron en el Parque de Ingenieros, desmontaron una pieza felicista colocada en el cruceiro de los Arcos de Belén y Balderas, matando a diez y ocho de los artilleros que la servían. Los jefes sublevados enviaron inmediatamente otra pieza con su correspondiente personal, y el cañoneo continuó con el mismo vigor.

*
* *

La columna del Gral. Delgado contaba con más escasos elementos, y debido a esto poco pudo hacer durante el primer día de lucha.

Como a las dos de la tarde fué emplazado un cañón en el cruceiro de las calles San Agustín y San Juan de Letrán y se hicieron con él varios disparos. Después llegaron al mismo punto tres cañones más a las ordenes de un oficial apellidado Gamboa, quien procedió desde luego a emplazarlos. Probablemente estas piezas estaban destinadas a apoyar algún movimiento ofensivo que no llegó a efectuarse, pues no se hizo uso de ellas.

Minutos antes de las once fué colocado un cañón en el cruceiro de las calles Victoria y Ancha con el fin de ametrallar el edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes, ocupado ya por un fuerte destacamento de las tropas sublevadas. Los felicistas habían instalado dos ametralladoras en las alturas y al romperse el fuego cayó sobre los soldados encargados de la pieza, tal número de proyectiles, que abandonaron el lugar y retiraron el cañón.

El oficial que mandaba este pequeño grupo de fuerzas andaba a caballo y quedó a los primeros tiros desmontado.

Pocos datos tenemos de las operaciones emprendidas el martes por la columna del Gral. Angeles, encargada de atacar por el lado poniente.

Según nuestro informe el combate fué iniciado por un cuerpo de rurales que trataba de colocar una pieza en una de las bocacalles inmediatas a la Ciudadela, cosa que no pudieron efectuar porque un disparo de cañón les inutilizó la pieza y les causó cuarenta bajas, y un segundo disparo hizo retroceder en completo desorden a todo el resto de la fuerza.

Se dice que el Gral. Angeles logró ocupar después algunas posiciones ventajosas, y que desde ellas hostilizó con algún éxito a los felicistas, haciendo exclusivamente uso de la fusilería y las ametralladoras.

Se dice igualmente que una columna lanzada en el curso del día contra la Ciudadela fué rechazada con grandes pérdidas y obligada a retirarse hacia el Palacio Legislativo, donde pudo reorganizarse y contestar el fuego de los sublevados que habían salido de sus posiciones tirotéandola.

Rumor sensacional.

Entre los rumores sensacionales que circularon el martes se cuenta el de la muerte del Sr. Gral. Huerta.

Tal especie fué inmediatamente desmentida.

El Sr. Gral. Huerta y el Sr. Gral. García Peña visitaron los diversos puestos de combate, para apreciar personalmente su situación; y estuvieron tambien en el Colegio Militar de Chapultepec, donde arengaron a los alumnos.

Poco después de medio día, el Sr. Gral. Huerta estuvo en la batería de San Diego; y a las cuatro de la tarde, en el puesto del cruceiro de las calles de San Agustín y San Juan de Letrán.

Al pasar por la Alameda se detuvo unos momentos y dirigió la palabra a un grupo de individuos del pueblo que lo aclamaba.

Efectivo de las Fuerzas Gubernistas.

El personal directivo de las operaciones del martes 11 tenía la siguiente distribución:

General en Jefe, Victoriano Huerta, Palacio Nacional.

Gral. Sanginés, Avenida 16 de Septiembre.

Gral. Maass, San Diego y Balderas.

Gral. Angeles, Café Colón.

Gral. Delgado, San Juan de Letrán.